

Jorge Díaz: 50 años de amistad

A Jorge Díaz lo vi por primera vez en marzo de 1957; estaba todo de negro, incluso su pelo, cortado y peinado como “mocho” de convento. La última vez que lo vi fue otro marzo, cincuenta años después, todo de blanco, incluso su pelo. Algunas horas después se escapó como siempre, esta vez, para siempre.

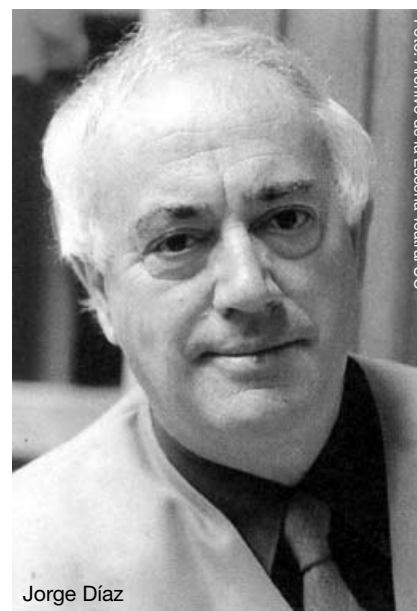
Jorge fue un desconocido para todos sus conocidos. Tuve el privilegio de su amistad, entré a seis de sus moradas, pero se llevó las llaves de su intimidad, dejando solo los códigos para descubrirlo a través de sus obras.

Al joven sensible, al arquitecto talentoso, al pintor y dibujante, al seminarista, los quiso sepultar tempranamente: le molestaban.

Nació como dramaturgo en forma clandestina y promiscua, fui testigo.

Al principio, Jorge era arquitecto, docente en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica y asociado a la prestigiosa oficina de Jaime Besa e Hilda Carmona, quienes tenían el encargo del proyecto del nuevo Campus San Joaquín de la UC.

Como alumno en práctica, por amistad y afinidad, caí ahí, compartíamos una pequeña pieza del departamento-oficina en la calle Villavicencio. Me sorprendía la audacia de mi amigo-colega y sentía un cierto pudor profesional por mi complicidad, al ver como mi ídolo escribía clandestinamente, escondiendo una máquina de escribir portátil extraplana sobre sus piernas y tecleaba hasta que sentía los pasos del jefe. Entonces deslizaba su taburete bajo el tablero de dibujo y, tomando rápidamente el lapicero, se transformaba nuevamente en arquitecto. En esas condiciones se engendraron los



Jorge Díaz

primeros proyectos de arquitectura de la Escuela de Ingeniería de la UC, junto con sus primitivas obras de teatro *El cepillo de dientes* y *Un hombre llamado Isla*, obra casi autobiográfica de su ya decidida soledad.

Esta promiscuidad pecaminosa duró poco. Jorge se encerró a jugársela de dramaturgo y colgó todas las sotanas que lo empaquetaban.

Nos confiesa en su discurso al recibir uno de los tantos premios (José Nuez), refiriéndose a la labor del dramaturgo (él mismo):

sabe que puede quemarse en el fuego del juego, por eso se propone no salir más del habitáculo donde lo inspiran sus musas predilectas y entregar por debajo de la puerta sus geniales páginas herméticas, y luego se arrepiente de tales desatinos.

Amigo noble y generoso, personaje especial, tímido pero también exhibicionista, hipocondríaco, adicto a las librerías y papelerías, disciplinado y ordenado al borde de la manía, silencioso pero muy afable



Jaime Celedón y Carla Cristi en *El cepillo de dientes*, de Jorge Díaz. Teatro Ictus. 1965.

con todos los que se acercaban a la intimidad de su refugio en el café. Desde el contaminado recinto observaba e imaginaba las vidas de sus personajes a través del humo que detestaba.

Amigo entrañable de los pocos amigos y del sol. Cada seis meses se cambiaba de continente en busca del calor, con el oído atento a los chismes de la Plaza Santa Ana o en los cafés de los portales de la Plaza Mayor en Madrid. Siempre en los cafés, aunque tomaba solo té, se parapetaba como en un coto de caza para ver llegar a sus presas. Todo el producto de su voyerismo iba a parar a sus cuadernos escolares, para digerirlo en su intimidad y, cada cierto tiempo, con una regularidad digestiva, lanzar otro libro y otro y...

Artesano de la palabra, siempre escribió a mano y con pluma Mont-Blanc (hasta que se la robaron en el mismo café). Odiaba los computadores y jamás conseguí que se sentara frente a uno. Un día escribió en otro de sus discursos, y a manera de justificación para poder esconder sus limitaciones tecnológicas

pero ahora hay otros dramaturgos cuyo *habitat* natural es la pantalla de los computadores sordo-mudos, allí ponen a prueba sus dioptrías, sin sacarse nunca

la escafandra. Su inspiración está determinada por el *mouse* roedor de sus neuronas. Son los dramaturgos internautas, cuyas emociones son virtuales y se van congelando en la pantalla.

Ya no lo encontramos en el café; los amigos, los directores, los periodistas, los actores, los grupos teatrales, los escolares no tienen a quién pedirle una obrita. Jorge está de viaje, está concentrado en escribir una obra maestra, sobre uno de los temas que más le interesaba: su muerte. ●

Luis Moreno L.
Arquitecto
Profesor UC de Chile

Mi amiga María Cánepa

Nos conocimos en 1941. Se acercó al Teatro Experimental, como lo hicieron Agustín Siré, César Cechi y otras personas, después de ser espectadores de esa primera función, a las diez de la mañana de un día domingo en el Teatro Imperio, prestado por el popular actor Lucho Córdova. La legendaria presentación de *Ligazón*, de don Ramón del Valle Inclán, y de *La guarda cuidadosa*, de Miguel de Cervantes. María se integró al grupo con entusiasmo y talento, debutando en el papel de La Madre en *El mancebo que casó con mujer brava*, de Casona.

María Cánepa estudiaba Servicio Social. Todos éramos estudiantes en ese momento, salvo Pedro de la Barra, que ya había egresado. María era una mujer que llamaba la atención por su belleza y buen carácter; tenía además una verdadera vocación de servicio social, que ejercía continuamente: se preocupaba de las carencias, de los problemas personales y el estado de salud de sus compañeros. Organizaba colectas para solucionar algún problema urgente. Y así siguió hasta que su propia salud se lo impidió.

Pocos años después, tal vez en 1947 o 48 (yo no estaba en Chile), se casó con Pedro Orthous, talentoso director a cuyo cargo estuvieron importantes títulos del repertorio del Teatro Experimental. Es inolvidable su audaz y excelente montaje de *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, que, además, fue un gran éxito de público, y en el que María se destacaba por su estupenda



Foto: René Combeau

María Cánepa

interpretación de la protagonista, Laurencia. Son innumerables las obras en que María brilló por su actuación. Quiero recordar algunas: *El caballero de Olmedo*, también de Lope, que estrenamos en el Teatro Municipal, donde interpretaba a doña Elvira. Helena, en *El tío Vania*, de Chejov.